





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a acontecimientos históricos, personas o lugares reales está al servicio de la ficción. El resto de nombres, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *How to Break My Heart*

© 2025, Katharina Teran

© 2026, de la traducción por Silvia Guillén Macías

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-92-2

DL: B 1.891-2026

Ilustración de cubierta:

© Laura Morcap

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en marzo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Kat T. Masen

# Finjamos que me amas

Traducción de Silvia Guillén Macías



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026



*Le dedico esta novela a mi amor verdadero, que  
sé que nunca me romperá el corazón;  
está tremendo, huele de maravilla y me hace  
gemir más veces de las que te imaginas:  
¡el donut todopoderoso!*



# *Playlist*

*About You*, de The 1975

*This Is What You Came For*, de Calvin Harris & Rihanna

*Vampire*, de Olivia Rodrigo

*Somebody To You*, de The Vamps

*Photograph*, de Ed Sheeran

*Cardigan*, de Taylor Swift

*Atlantis*, de Seafret

*Save Your Tears*, de The Weeknd & Ariana Grande

*Never Be the Same*, de Camila Cabello

*4ever*, de The Veronicas

*Wings*, de Birdy

*I Love You, I'm Sorry*, de Gracie Abrams

*Birds of a Feather*, de Billie Eilish



# Prólogo

Eva

*Hace ocho años*

—¿Has oído eso?  
Maddy me agarra el brazo, parándose de repente, cuando un búho ulula entre los árboles altos y sin podar. El sonido inquietante pero suave resuena por todo el bosque oscuro mientras me aprieta con tanta fuerza que siento que está a punto de cortarme la circulación, como si la pobre criatura inofensiva fuese a devorarla.

Resoplo.

—Eras tú la que quería venir —le recuerdo.

Preferiría estar haciendo cualquier otra cosa esta noche que colarme en la fiesta de graduación secreta que ha organizado su hermano mayor, Aston, y su estúpida pandilla.

—Lo sé... —susurra Maddy, con los ojos muy abiertos, mientras escudriña nuestro alrededor. Después, reanuda la marcha, dando pasitos cautelosos.

Me fijo en sus botas *cowboy*, que son de un color azul turquesa brillante, y me pregunto en qué demonios estaría pensando cuando eligió el calzado. Sacudo la cabeza. A Maddy cualquier excusa le parece buena para arreglarse.

—Pero que no nos invitasen no me parecía razón suficiente para perderme la mejor fiesta del año —vuelve a hablar ella.

Me detengo en seco y la fulmino con la mirada mientras me cruzo de brazos.

—Madelina Eleanor Beaumont —pronuncio, alzando la voz—. Me dijiste que nos habían invitado, pero que tus padres no te

dejaban ir. ¡No me puedo creer que me hayas mentido! ¡Y todo por un tío!

Maddy esboza una sonrisilla forzada.

–Puede que te haya dado una versión de los hechos ligeramente diferente... No me odies, porfi. Una vez que estemos allí, nos lo pasaremos tan bien que ya no te acordarás de esto. Además, no es por un tío cualquiera... Camden Winters es el hombre perfecto.

Me cuesta un mundo no poner los ojos en blanco. Maddy puede pensar todo lo que quiera de Camden, pero ese chico es una *red flag* con patas. Sin embargo, siempre elige ignorar los sabios consejos de su mejor amiga. Podría decirse que, desde que cumplió los dieciséis la primavera pasada, Maddy tiene las hormonas revolucionadas.

–¡Maddy! ¿Acaso quieres tener problemas con tu padre? ¿Y si te castiga todo el verano? Tenemos planes, ¿recuerdas? ¿O es que te has olvidado de nuestra semana en Europa con tu tía? ¡Porque yo no! ¡Necesito comer queso en el castillo más lujoso de Francia!

–Relájate... Tampoco es para tanto.

–Y me lo dice la persona que casi se caga encima con los ruiditos de un búho –murmuro.

Debería haberme dado cuenta de que Maddy no me estaba contando toda la verdad. A diferencia de mis padres, que ni siquiera parecen saber lo que significa la palabra «disciplina», los de Maddy son estrictos a más no poder. Su padre es un pez gordo, y Dios no quiera que Maddy o su hermano mayor se la llien y arruinen su reputación. Ser su mejor amiga me mete a mí también en el saco. Al menos esa es la sensación que me da. El señor Beaumont siempre se muestra frío y distante conmigo, como si no mereciese su tiempo ni su energía. Mi mera presencia le molesta. Pero, como mi madre siempre me recuerda, es imposible caer bien a todo el mundo.

Y eso explica por qué la fiesta se celebra en una casa abandonada junto a Peppermint Lake: nadie nos encontrará aquí. Se rumorea que el lugar está embrujado, pero tal vez no sea el mejor momento para recordárselo a Maddy, ya que hace unos segundos se ha afeerrado a mí como si su vida dependiese de ello al oír un crujido detrás de los árboles.

–Se supone que estamos a punto de llegar –me informa, observando el mapa en su teléfono.

Se oye de nuevo un sonido procedente de entre los árboles, pero esta vez mucho más fuerte. Mi amiga lanza una mirada rápida por encima del hombro, nerviosa y muerta de miedo. De pronto, suelta un chillido agudo, separándose de mí y dando manotazos al aire. Su móvil sale volando y me da de lleno en el pecho.

Lo atrapo antes de que se caiga y abro los ojos como platos.

–¿Qué coño...? ¡¿Se puede saber qué te pasa ahora?! –grito por encima de sus incesantes chillidos.

–¡Me está atacando! ¡Quítamelo! ¡Quítamelo de encima!

Con un movimiento ágil, enciendo la linterna del teléfono. Un mosquito diminuto zumba alrededor de su cara, y a mí se me escapa una carcajada. Extiendo los brazos y le agarro las manos para intentar tranquilizarla.

–Maddy, cálmate. ¡Solo es un mosquito!

De inmediato, la cara de pánico se esfuma y frunce el ceño. Después, me arrebató el móvil de las manos.

–Ya lo sabía, pero me apetecía montar un numerito.

–Ya..., claro. Sigamos caminando –le respondo.

La primera vez que mi padre nos llevó a mi hermano mayor Elliot y a mí a pescar, nos trajo justo aquí. Aunque el lago era precioso, los peces brillaban por su ausencia. Aun así, sigue habiendo algo en este sitio que me resulta hipnotizante. El agua es de un azul cristalino y brilla a la luz de la luna, reflejando unas ligeras ondas y destellos que no hacen más que dejarme sin aliento.

Aquel día nos sentamos en el viejo muelle oxidado, con nuestras respectivas cañas en la mano, mientras nuestro padre nos repetía por activa y por pasiva que esta pequeña ciudad nos traería buenos momentos y que estaba destinada a dejarnos huella, ya que, pasara lo que pasase en el futuro, siempre acabaríamos volviendo a este humilde lugar. Le brillaron los ojos al decirlo, pero, para ser sinceros, me costó centrarme en otra cosa que no fuese en la belleza del lago.

Elliot se quejó al instante de lo aburrido que era el pueblo, pero, claro, él ya era lo suficientemente mayor como para tener sed de aventuras.

Se me escapa una sonrisa al recordarlo, hasta que de repente me distraigo con la melodía de una canción.

*This Is What You Came For*, de Calvin Harris y Rihanna, suena cada vez más alto cuando finalmente entramos en un claro. Le cojo la mano a Maddy y nos abrimos paso entre los arbustos.

Hoy hay luna llena –mi madre siempre dice que simboliza la liberación y el cierre de una etapa, sea lo que sea que signifique eso– y la luz que desprende brilla tanto que alcanzo a ver el estado de la casa en ruinas desde aquí. El tejado parece estar intacto, al igual que el gran porche que rodea la propiedad. Sin embargo, incluso a esta distancia, los cristales rotos que en su día fueron ventanas con vidrieras de colores son un claro ejemplo de los defectos de una vivienda que debió de ser preciosa.

La mayoría de los invitados –al menos unos treinta– se encuentran reunidos alrededor de la hoguera o bailando junto al altavoz más grande mientras disfrutan de la noche. De pronto, la idea de volver al bosque me resulta tentadora. Las chicas más mayores pueden llegar a ser unas arpías. Suelo evitarlas por los pasillos del instituto, y eso que solo nos llevamos un año. Se respira una especie de tensión entre los dos cursos y, para ser honesta, es un alivio que por fin se vayan a graduar. Los de último curso siempre se creen los reyes del instituto.

–¡Ay, madre mía! ¡Está ahí! ¿Lo ves? Está tan bueno... –suspira Maddy.

Desvió la mirada hacia donde está Camden. Lleva puesta una chaqueta beisbolera y está abrazando a una chica mientras bebe lo que supongo que es cerveza, ya que hay un barril enorme a un par de metros de él. Mentiría si dijese que no es atractivo, pero eso no quita que sea un capullo integral. No entiendo por qué Maddy está tan obsesionada con él, sobre todo, porque es el mejor amigo de su hermano. Siempre lleva un palillo en la boca y lo mastica como si fuera un malote, cosa que me pone de los nervios, pero que a Maddy le parece «supersexi». Esas son sus palabras, no las mías.

Mis ojos vagan hasta donde está sentado Aston. A diferencia de los otros chicos, está... como apagado. Las chicas que tiene alrededor no paran de manosearlo, pero él no se muestra muy receptivo.

Contengo la respiración sin quitarle el ojo de encima e intento

ignorar las mariposas que me revolotean en el estómago. Vale..., Aston sí que es supersexí. Pero nunca ha mostrado interés en mí ni hemos cruzado más de dos palabras.

Cuando me quedo a dormir en casa de Maddy, él siempre se encierra en su habitación y hace como si no existiese. Hace dos meses me topé con él en el baño, justo cuando acababa de salir de la ducha. Me gritó y, dado que me fue difícil recuperarme después de verlo medio desnudo, las cosas se volvieron incómodas de inmediato.

Unos abdominales perfectos, una toalla que apenas le cubría la parte inferior del cuerpo, las gotas de agua cayéndole por el pecho... Me quedé sin palabras.

Antes de eso, para mí tan solo era el hermano mayor de mi mejor amiga.

Me muerdo el labio mientras lo observo en silencio, hasta que Maddy tira de mí.

—Vamos —me suplica ella a la vez que caminamos por el pequeño terraplén hacia la hoguera.

Aston repara en nosotras y sacude la cabeza con desaprobación. Cuando se pone de pie, las chicas que están a su alrededor casi se caen al suelo. Destaca por encima de ellas, con una postura intimidante. Maddy se acerca a él con los brazos cruzados, preparada para la pelea.

—Sé lo que vas a decir... —comienza ella—, pero papá no tiene por qué enterarse.

—Espero que no lo haga. Porque, si lo hace, me culpará a mí. Siempre lo hace —la advierte Aston.

Maddy le dedica una sonrisa y luego se dirige directamente al barril. Uno de los chicos le ofrece un vaso de plástico rojo, pero Aston se lo quita de las manos.

—Puedes quedarte, pero ni de coña vas a aparecer en casa borracha, ¿entendido?

—Está bien... —Maddy suspira antes de girarse hacia mí—. Eva, vamos a buscar algo de comer...

Evito hacer contacto visual con la gente y hasta que no llegamos a la zona de la comida no consigo relajarme. Conozco a la mayoría, pero cruzarme con ellos en el insti no es lo mismo que hacerlo aquí.

–Vale, necesitamos un plan –habla Maddy con la boca llena de patatas. Se le caen algunas migajas cuando añade–: ¿Cómo consigo quedarme a solas con Camden?

–¿Para qué quieres quedarte a solas con él?

Maddy se echa a reír.

–Eva, ¿qué crees que hacen dos personas cuando se quedan solas? ¿Cómo puedes ser tan ingenua...?

«¿En serio estamos teniendo esta conversación?», pienso. No soy precisamente una mojigata, pero considero que nuestra primera vez debería ser especial, no en una fiesta secreta con un imbécil que lleva un palillo ridículo entre los dientes.

–Creo que deberías pensártelo un poco mejor... –le aconsejo con suavidad. «¿Desde cuándo es tan irresponsable?», me planteo. Esto es algo serio y Camden es..., bueno, el típico que solo busca lo que busca y luego desaparece. Por favor, no me digas que crees que no se irá a la universidad para quedarse aquí contigo...

Maddy ladea la cabeza y frunce el ceño.

–No. No soy tan estúpida, Eva.

–Vale, me alegro de haberlo aclarado, entonces –susurro–. Mira, enróllate con él si quieres, pero no tomes esa gran decisión basándote simplemente en lo bueno que piensas que está.

Mi advertencia crea una brecha entre nosotras; lo veo en su rostro.

Maddy se aleja para hablar con algunas de las chicas que conoce, abandonándome a mi suerte. Un tipo intenta mantener una conversación conmigo mientras se atiborra de *pretzels*, pero salta a la vista que va pedo: lleva más de cinco minutos explicándome por qué le parece que la persona que inventó los lazos salados es todo un genio.

Y por eso estoy soltera.

Los chicos del insti no son... nada del otro mundo.

Aburrida a más no poder y con ganas de marcharme de esta fiesta cutre, camino hacia el otro lado de la casa, lejos del ruido. El ambiente es mucho más tranquilo cerca del agua. Pero justo cuando estoy disminuyendo la marcha para asimilar lo que tengo a mi alrededor, me tropiezo con una pequeña rama y me caigo al suelo sucio.

–¡Mierda! –gimo cuando me empieza a escocer la rodilla.

Intento levantarme, sin mucho éxito, antes de que se me plante delante un chico con unos vaqueros negros. Levanto la vista lentamente mientras Aston se agacha para quedar a mi nivel. Unos mechones de pelo oscuro y rizado le caen sobre los ojos, pero enseguida se los peina hacia atrás, revelando así su precioso rostro.

—¿Acabas de llegar y ya vas ciega? —me pregunta.

Niego con la cabeza, tratando de ocultar la vergüenza que siento.

—Yo no soy Maddy.

—No, no eres mi hermana. —Me repatea lo sexi que está cuando sonrío—. ¿Te has hecho daño?

—Creo que un poco.

Aston me ofrece la mano y yo se la cojo para poder impulsarme. A un ritmo lento y agonizante, logro ponerme en pie. No solo me duele la rodilla, sino que también tengo los vaqueros rasgados por culpa de la caída, así que ahora voy enseñando mucha más piel de la necesaria.

—Siéntate aquí —me ordena, señalando un tronco enorme que hay cerca de la orilla—. Déjame echarte un vistazo.

Obedezco mientras Aston se arrodilla delante de mí. Se me acelera el pulso cuando me llega el olor de su colonia, lo que hace que me resulte imposible respirar. Me recorre el cuerpo con la mirada, haciéndome temblar. Cuando sus profundos ojos verdes se encuentran con los míos, se le curvan los labios hacia arriba. Tiene una de esas sonrisas que son capaces de iluminarlo todo. No es que se la haya visto esbozar muchas veces; por lo general, suele poner cara de pocos amigos cuando estoy presente.

—Bueno, creo que sobrevivirás. Un pequeño rasguño, pero sigues casi perfecta.

—No soy perfecta —replico mientras se sienta a mi lado—. Estoy muy lejos de serlo.

—Supongo que cada uno ve las cosas a su manera... —susurra, antes de inclinar un poco la cabeza, como si quisiese estudiarme mejor—, Everleigh.

No me hace demasiada gracia que la gente use mi nombre completo, pero la forma en la que prolonga las sílabas me deja sin aliento. Nos quedamos un instante observando el lago y yo me froto las manos, nerviosa. Maddy me dijo que su padre logró convencer a

Aston para que se fuese este verano a Londres para trabajar con uno de sus socios antes de que comenzase la universidad en otoño. Decido sacar el tema, ya que la ciudad parece un lugar guay, y estar sentados aquí en silencio es terriblemente incómodo.

–Mañana es el gran día, ¿eh?

Hunde los hombros antes de inclinarse hacia delante para poder apoyar los codos en las rodillas.

–Sí, el gran día...

–No parece hacerte demasiada ilusión. Nunca he estado en Londres, pero, por lo que he leído, parece una ciudad preciosa.

–Bueno, cuando solo vas para contentar a tu padre, es difícil... ilusionarse –contesta.

–Lo siento.

–¿Por qué? ¿Porque soy el primogénito y el heredero de la fortuna familiar? ¿O porque me controla a su antojo?

Me giro para mirarlo. Siento la necesidad de alejarlo de esa nube de negatividad en la que parece estar envuelto. Londres parece un lugar increíble, pero nadie debería decirte cómo tienes que vivir. Al menos mis padres a mí siempre me han animado a perseguir mis sueños.

–¿Y si le dices que no quieres ir? –suelto de repente–. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

Aston suspira, abatido.

–No eres consciente del poder que tiene mi padre en nuestra familia.

–¿Y por qué se lo permites? –lo interrogo, elevando la voz–. Ven-ga ya... Lo tienes todo a tu favor. Eres inteligente, un estudiante sobresaliente sin siquiera esforzarte. El entrenador te adora. Eres el mejor deportista que ha habido en nuestro instituto. Bueno, yo no tengo ni idea de *lacrosse*, pero eso es lo que la gente dice por ahí. Y encima eres guapo. Así que, dime, ¿por qué demonios dejas que tu padre te mangonee de esa manera?

–¿Crees que soy guapo? –Aston ladea la cabeza con una sonrisa pícaro en los labios–. Una elección de palabras un tanto inusual para tratarse de usted, señorita Woods.

–Sabes a qué me refiero.

–No, la verdad es que no.

–Pues a que eres guapo, atractivo, sexi... Pero eso ahora es lo de menos. Lo que estoy intentando decirte es que...

Y entonces unos labios cálidos se acercan a los míos y jadeo. Tardo unos segundos en darme cuenta de que Aston Beaumont me está besando.

«Dios mío», pienso.

Aston Beaumont me está besando. ¡A mí!

Cuela la lengua con suavidad entre mis labios y el corazón empieza a latirme como si tuviese un tambor dentro del pecho. Se me pasan un millón de pensamientos por la cabeza, pero soy incapaz de centrarme en otra cosa que no sea en lo bien que sabe.

Nuestros labios se entienden a la perfección, con besos lentos y profundos que me encienden todo el cuerpo. Aston explora cada centímetro de mi boca con desesperación. El deseo se me acumula de inmediato entre los muslos cuando cuele una mano por debajo de mi jersey. Me acaricia el abdomen con las yemas de los dedos, haciéndome jadear a medida que se va aproximando al botón de mis vaqueros.

«¡¿Estoy a punto de perder la virginidad?!», chilló por dentro.

Acabo de soltarle un sermón a Maddy acerca de la importancia de ser responsable y mírame ahora: a nada de acostarme con su hermano. Con la necesidad imperiosa de ignorar cualquier pensamiento racional, extiendo la mano para rozarle la mejilla. Mi valentía lo hace gemir mientras se las ingenia para desabrocharme el pantalón. Sin dejar de disfrutar del tacto de su piel, trato de acercarlo más a mí, pero él se aleja de repente, sin aliento.

–No debería haber... –tartamudea él, volviéndome a abotonar el vaquero–. Me voy mañana y eres... eres la mejor amiga de Maddy.

Sacudo ligeramente la cabeza, volviendo a la realidad.

Pero la realidad es que el hermano mayor de mi mejor amiga acaba de besarme y estábamos a punto de dar el siguiente paso.

Llevo un año ignorando lo que siento por él. La negación es un juego peligroso al que estoy muy viciada: así me ahorro el que me hagan daño. En el momento en el que admita que estoy colgada de Aston Beaumont, mi vida cambiará para siempre.

Pero él me ha besado primero, así que debe de sentir algo por mí... ¿no?

No pueden ser imaginaciones mías.

Y tampoco es que vayamos a casarnos ni nada de eso.

«Aunque sin duda nos saldrían unos hijos monísimos...», pienso.

—Oh, tranquilo. —Apenas consigo que me salga la voz mientras intento recuperar el aire tras este repentino subidón de confianza—. Quería que pasase. Creo que..., me gustas, Aston. Bueno, llevo bastante tiempo sintiendo cosas por ti y...

Una pequeña ola choca con el banco de arena, haciendo que me distraiga por un instante. Este beso, precisamente en este lugar, es algo que sé que nunca olvidaré. Quiero saborear el momento un poco más: la forma en la que el agua brilla bajo la luz de la luna y cómo las ranas se quedan en silencio —si prestas la suficiente atención—, como si el latido frenético de mi corazón las tranquilizase.

—Everleigh...

La advertencia en el tono de voz de Aston y el peso de su mirada hacen que mi corazón se detenga de golpe. Ahora las criaturas que nos rodean me resultan ruidosamente insoportables: es como si supiesen que algo va mal y me estuviesen avisando de lo que está por venir.

«¿Qué acabo de hacer?», me reprendo. ¿En serio acabo de admitir que quería que me besase? ¿Le he confesado lo que siento al único chico en el que no debería haberme fijado?

Maddy me matará si se entera.

Me viene a la mente Penelope Anderson. Cuando Penelope se mudó a Cinnamon Springs, quiso hacerse enseguida amiga de Maddy. Después de eso, empezó a aparecer en todos los partidos de Aston y la verdad terminó saliendo a la luz. Fue horrible: Maddy estaba enfadadísima, aunque hoy por hoy seguimos sin saber si Penelope llegó a tener algo serio con Aston. Regresó a la costa oeste antes de comenzar el último curso y no volvimos a saber nada más de ella.

«No soy una persona vengativa, pero, si alguien quisiese ser mi amiga con el único fin de acostarse con mi hermano, te aseguro que no me temblaría el pulso si hubiese que sacar las garras». Puede que la reacción de Maddy fuese un poco excesiva, pero, aun así, sus palabras se me quedaron grabadas; de hecho, a menudo se

repite en mi mente para recordarme que lo mío con Aston es un amor imposible.

—Tengo que irme.

Me encojo para intentar controlar la sensación tan desagradable que siento en la boca del estómago. Después, me pongo de pie y corro hacia la hoguera antes de que a Aston le dé tiempo a abrir la boca. Necesito alejarme de él.

Nadie parece notar lo rojas que tengo las mejillas ni los vaqueros rotos. Todos están ocupados bailando e irradiando felicidad, incluso Maddy, que ahora está centrada en otro chico. Eso no parece molestar a Camden, ya que le está comiendo la boca a una de las chicas que no paraban de manosear a Aston antes.

Me siento junto al fuego, con una lata de refresco en la mano, y me quedo con la vista clavada en las llamas.

Besar a Aston ha sido como tocar el mismísimo cielo. No había ninguna parte de mí que no anhelase ese beso. Mi cuerpo actuó por sí solo y yo fui incapaz de controlarlo. Hasta que él se apartó.

—¡Aquí está! —exclama Jake, otro estudiante de último año, cuando Aston regresa a la hoguera.

Aston evita mi mirada y se sienta en una de las sillas vacías. Lo observo con cautela; no parece muy contento.

—¿Estás preparado? —vuelve a hablar Jake, dirigiéndose a Aston.

—¡Es una salvajada! —opina Tiffany, la chica con la que se estaba enrollando Camden.

Jake se acerca a Aston con una aguja y una botella pequeña.

—Es un ritual y las tradiciones no se deben romper.

Aston se quita la camisa y yo lo observo con el ceño fruncido y con un nudo en la garganta.

—¿Qué va a hacerle? —le pregunto al chico que tengo al lado.

—Lo va a marcar. Ya sabes, como símbolo del fin de una era.

Con la aguja en la mano y un poco de tinta, Jake comienza a tatuarle el pecho a Aston. La mayoría de las chicas se ven obligadas a apartar la vista, aprensivas, al ver cómo la aguja le roza la piel. Aston no se inmuta, ni siquiera cuando Maddy se pone pálida y casi se desmaya.

Sin embargo, sí que mira fijamente a alguien: a mí.

Sus ojos siempre han sido mi mayor debilidad; esos mismos ojos

verdes que me han devorado y me han arrastrado a un beso que recordaré toda mi vida.

Pero hay algo en su mirada que me preocupa.

—¿Estás listo para dejar el pueblo, Beaumont? —bromea Camden con una carcajada que me resulta un tanto repugnante—. En Londres hay mujeres interesantes, no pibas aburridas como las que tenemos en este pueblucho.

Tiffany le da un golpe en el brazo.

—Si yo soy aburrida, tú eres un imbécil —le reprocha ella.

—Nena, eso no fue lo que me dijiste hace diez minutos cuando te regalé el mejor orgasmo de tu vida.

«Menudo gilipollas», pienso. Menos mal que no le ha llegado a poner un dedo encima a Maddy. La miro para asegurarme de que está bien y, a juzgar por su sonrisa, creo que se ha dado cuenta de la suerte que ha tenido al no acercarse a una ETS con patas.

—Sí, ya me he cansado de vivir en el culo del mundo —declara Aston con una mirada tan fría que me hace estremecer—. Y tienes razón: necesito a una mujer de verdad. Y aquí será difícil encontrarla.

Me comienzan a temblar los labios, pero me obligo a mantener la calma para no echarle en cara lo mucho que lo detesto ahora mismo.

Aston Beaumont supo cómo ganarse mi corazón... Y también cómo rompérmelo. En una misma noche.

Un auténtico *crack*, como lo llamarían algunos. Pero yo no. Es el hombre más odioso de la historia.

Podría marcharme de esta fiesta ahora mismo y dejar que las lágrimas me consolasen, o simplemente podría olvidar que Aston Beaumont existe. Ojos que no ven, corazón que no siente. Mañana se montará en un avión que lo llevará a Londres y desaparecerá de mi vida para siempre.

La cura perfecta para un corazón roto.

# Capítulo 1

Eva

*Ahora*

El Día de San Valentín es sin lugar a duda el peor día del año. Mi cafetería, por lo general siempre tranquila, hoy está llena de parejas que se comen con los ojos mientras comparten un donut relleno de crema de vainilla con forma de corazón. Aprovechar días como este me parecía buena idea, pero, cuanto más tiempo paso detrás del mostrador juzgando en silencio a la gente, más me arrepiento de haber decidido participar en este ridículo invento del capitalismo.

Cierro los ojos un instante, recordando mi *vision board* y todas las cosas que quiero lograr antes de que se acabe el año. Para muchas de ellas se necesita dinero. Dinero que los clientes se gastan en mi cafetería.

Últimamente la cosa ha estado bastante flojilla debido a la cantidad de tormentas de nieve inesperadas que han cubierto el pueblo y las carreteras. Además, la demanda turística ha bajado bastante este año en comparación con el anterior. Muchos de los negocios de Cinnamon Spring las están pasando canutas para llegar a fin de mes. De ahí mi idea de aprovechar el tirón de hoy.

Un hombre, que está sentado justo enfrente de su cita, le acerca el donut con forma de corazón a la boca y ella se ríe antes de darle un mordisco y lamerse los labios. La escena podría ser perfectamente el comienzo de una película porno con unos actores muy pero que muy malos.

Se me viene a la cabeza una melodía cursi, pero está muy lejos de ser romántica.

—¿Cuándo me volví tan cínica? —le pregunto sin pensar a Billie, que se encuentra a mi lado colocando en la vitrina una nueva tanda recién hecha de trenzas de canela. El olor a recién hecho, especiado y dulce es mi favorito. Me recuerda a mi infancia, cuando mi madre nos preparaba donuts todos los viernes después del colegio—. Toda esta gente parece tan... —Me quedo callada, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—¿Enamorada? —Billie se echa a reír, cerrando la vitrina para evitar que se acerquen seres indeseados. Dado que vivimos en un pueblo rodeado de bosques, a los bichos les pirran nuestros dulces—. Me encanta este día. Se respira algo especial en el ambiente.

—¿El qué? ¿Postureo? —la interrumpo.

Billie vuelve a colocar las pinzas para servir en su sitio y luego me da un pequeño apretón en el hombro.

—Creo que ya va siendo hora de volver al mercado... ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita de verdad?

Arrugo la nariz. Encontrar pareja no está en mi *vision board* y, por lo tanto, no es una de mis prioridades este año.

El último chico con el que salí, Henry, era..., bueno, era majo.

Y poco más puedo decir de él.

Me abría la puerta, me apartaba la silla para que pudiese sentarme y hacía todo lo posible por demostrarme que era educado y que respetaba a las mujeres. Sin embargo, cuando abría la boca, se convertía en la persona más aburrida con la que he tenido la desgracia de cenar. Estuve a punto de quedarme dormida en nuestra segunda cita por culpa de todo el vino que tomé para poder sobrevivir a la noche.

—Quizá hace unos meses... Ya no llevo la cuenta —murmuro, respondiendo por fin a su pregunta.

—Es decir, que llevas mucho tiempo sin echar un polvo y eso te tiene de muy mala leche.

Billie es una de esas personas que no se estresan por nada. Nos conocimos en la universidad, cuando le asignaron la misma habitación que a mí en Cornell. Maddy siempre había querido estudiar allí también, en California, pero hubo algo que la hizo dudar hasta el último momento: la ansiedad por separación. Al final, después de un torrente de lágrimas por su parte y mucho esfuerzo por la

mía para hacerle entender que seguiríamos siendo mejores amigas aunque no fuésemos a la misma universidad, dimos el salto y cada una siguió su propio camino. Eso me llevó a una habitación vacía, hasta que de repente apareció Billie, quien casualmente había crecido en una ciudad cerca de Cinnamon Springs.

Congeniamos enseguida. Pronto descubrí que a Billie le encantaba la repostería, al igual que a mí, aunque a ella se le daba mil veces mejor. Nos gustaba probar recetas nuevas, así que teníamos la habitación llena de minielectrodomésticos. No nos costó mucho ganarnos a todo el edificio, en especial, a aquellos a los que les entraba el hambre a las tantas. Aunque también recibimos alguna que otra advertencia por superar los límites de la normativa de seguridad contra incendios.

Por suerte, nunca llegamos a quemar nada, aunque estoy bastante segura de que al responsable de evacuación le provocamos un tic nervioso.

Con nuestro amor por la repostería y mi grado en Administración de Empresas parecía inevitable y... acabamos abriendo nuestra propia cafetería: Donuts Ever After. Elaboramos juntas un plan de negocio y, después de graduarnos, fuimos al banco a pedir un préstamo. Pero, por desgracia, a la madre de Billie le diagnosticaron una enfermedad cardíaca rara y necesitó tratamiento médico de inmediato, por lo que no le quedó otra que volver a su casa para brindar apoyo emocional y financiero a su madre.

Nuestro sueño quedó en pausa.

Sin embargo, como si el universo supiese de alguna manera que necesitábamos un golpe de suerte, mis padres decidieron vender un terreno que tenían en Wyoming y nos ofrecieron a mi hermano y a mí una parte de las ganancias. El dinero me dio para abrir la cafetería y poder contratar a Billie como pastelera. De esta forma, las dos salimos ganando: ella no tuvo que lidiar con la presión adicional de invertir en un negocio, ya que estaba hasta el cuello con las facturas médicas de su madre, y yo pude fichar a la mejor repostera del mundo. Sin su mano para la cocina, solo podría haber servido café y té helado. Se me daba bien la repostería, pero no tanto como a ella.

Y entonces se nos presentó una oportunidad perfecta en Cinnamon Springs, donde pasé la mayor parte de mi adolescencia. Nunca pensé que volvería.

Mis padres siempre han sido personas inquietas. Cuando era pequeña, nos mudábamos cada dos por tres, ya que les encantaba viajar por todo el país. Hasta que un día mi padre descubrió este lugar y se enteró de que necesitaban a un horticultor que se hiciese cargo de unas huertas. Al final salió todo a pedir de boca. Mi padre se dedicaba a algo que amaba y mi madre trabajaba en el mercadillo agrícola todas las semanas. Vendían frutas y verduras ecológicas y, muy a menudo, mi madre hacía galletas para poder dárselas a los niños que acompañaban a sus padres a hacer la compra.

Nos mudamos a Cinnamon Springs cuando comencé el instituto. Como era de esperar, a mis padres les volvió a picar el gusanillo de ver mundo, pero, después de muchas lágrimas y súplicas, accedieron a no marcharse hasta que no fuese a la universidad.

Una vez que cumplieron su promesa, mis padres se mudaron y mi hermano se trasladó a Europa. A diferencia de ellos, hay algo que a mí siempre me trae de vuelta a este pueblo. Tampoco es que me moleste. Desde el momento en el que mis padres condujeron por Main Street por primera vez, supe que este lugar era especial. Todavía recuerdo el instante en el que miré por la ventana y vi por primera vez sus preciosos escaparates. Era como estar en el set de rodaje de una película. Cinnamon Cones, donde se preparaban los mejores helados de la ciudad; Betty's Bookshelf, la librería más famosa en un radio de más de treinta kilómetros; y el restaurante de la esquina, Happy Days. Años más tarde, me enteré de que los dueños del restaurante eran una pareja que, para sorpresa de nadie, estaba obsesionada con la serie *Viviendo a tope*, cuyo título original era *Happy Days*. El marido, Al, incluso usaba una chaqueta de cuero y se peinaba como Fonzie. Mi madre tuvo que explicarme de qué iba la serie, ya que no era de mi época. Y, cuando digo que no era de mi época, me refiero a que se emitió décadas antes de que yo naciera.

Me siento como si hubiese pasado toda una vida desde entonces. Vuelvo al presente y me giro hacia Billie con una sonrisa.

—Una chica puede darse placer a sí misma, ¿sabes? —le recuerdo.

–Lo sé, pero un tío bueno podría hacerlo mil veces mejor.  
Arrugo el gesto y me cruzo de brazos.

–¿Y dónde se supone que se esconden esos tíos buenos?  
Billie se encoge de hombros.

–Es evidente que en este pueblo no.

De repente, los ánimos decaen. Y todo gracias a mí. Billie es guapísima, así que me sorprende bastante que esté soltera. Los tíos siempre buscan llamar su atención. Debe de ser por la melena color jengibre que le cubre toda la espalda, como si fuese una Rapunzel moderna, aunque, en vez de estar atrapada en una torre, trabaja para una gruñona en una tienda de donuts.

La gruñona soy yo.

No suelo ser tan pesimista, pero este invierno está siendo diferente. Y no necesariamente en el buen sentido. Las calles pintorescas llenas de nieve solo me recuerdan las marcas de pisadas que dejan los clientes en el suelo al entrar en la cafetería. El chocolate caliente, que antes devoraba, ahora me sabe demasiado dulce, sobre todo cuando le ponen nubecitas por encima... y eso que todo el mundo sabe que es lo que le da el toque.

No sé qué me está pasando últimamente. Es como si mis sueños se hubiesen quedado en *stand-by* y todo por culpa del paso del tiempo, que se aleja todo lo que puede de mí y se niega a quedarse quietecito para que al menos pueda tener un momento para respirar.

Y eso que todavía estamos en febrero. Mis propósitos de Año Nuevo se están empezando a desvanecer junto con mi amor por esta época fría.

Oigo el crujido de una silla y la pareja vuelve a captar toda mi atención. El chico se inclina hacia delante y le susurra algo al oído a la mujer antes de que esta se ría de nuevo y le deslice el zapato de tacón por la pierna.

–Madre mía, tienes que hacer que paren –le advierto a Billie a la vez que siento un escalofrío por todo el cuerpo–. La veo capaz de hacerle una paja con los pies. Y dudo mucho de que pueda dormir esta noche si acabo siendo testigo de ello.

–¿Por qué yo? ¡Tú eres la dueña! –se queja Billie–. Teníamos un trato: yo me encargo de hacer postres espectaculares y tú te encargas de los clientes que se manosean en público.

–No recuerdo que firmásemos ese acuerdo en ningún momento. Pero, tranquila, le pondré fin a esto para que no tengamos que vernos obligadas a someternos a un borrado mental.

Respiro hondo y me acerco a la mesa en la que está sentada la pareja. Nada más notar mi presencia, se alejan el uno del otro.

–¿Puedo hacer algo más por los tortolitos? –les pregunto con una sonrisa forzada en los labios.

Las mejillas de la mujer se tiñen de un color carmesí.

–Pues... Mmm... No, estamos bien así. Los dónuts están exquisitos.

–Sí –agrega el hombre, aclarándose la garganta–. ¿Sería tan amable de prepararnos una caja para llevar? Podría ser nuestro postre de esta noche... –Mira a la mujer con lo que supongo que es una sonrisa pícara, pero que a mí me da repelús.

Me resulta difícil controlar los escalofríos.

–Por supuesto, ahora mismo se la traigo.

Mientras camino de regreso al mostrador, Billie intenta disimular la risa que se le acaba escapando. Le pellizco el brazo cuando llego a su altura.

–¡Dios mío, qué asco! ¡Van a follar y van a usar nuestros dónuts para los preliminares! –le susurro a mi amiga.

–¡Está bien! Yo me encargo de echarlos. Pero que conste que solo lo hago porque te quiero mucho –dice Billie con una sonrisa burlona. Después, mira por encima de mi hombro y añade–: Además, tienes visita.

Me giro y enseguida veo a Maddy, que me devuelve la mirada desde la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Han pasado dos meses desde la última vez que nos vimos, ya que estaba de vacaciones con su novio en las Bahamas. He perdido la cuenta de todas las veces que se han ido de viaje en el año que llevan juntos. Es evidente que Maddy está viviendo su mejor vida mientras yo tengo que conformarme con las películas porno que tienen como escenario mi cafetería.

–¡Has vuelto! –chillo.

Corro hacia ella y la abrazo con fuerza. Huele tal y como recordaba: a fresas con crema. Cuando por fin nos separamos, me detengo un momento para mirarla bien. Ha cogido algo de color, pero lo

que en realidad me llama la atención son los reflejos dorados que destacan por encima de su característica melena castaña oscura. El año pasado, cuando tuvo una de sus crisis existenciales, tomó la decisión impulsiva de cortarse el flequillo. Sin embargo, los mechones le han crecido lo suficiente como para poder colocárselos por detrás de las orejas.

Le brillan los ojos verdes con anticipación, y es entonces cuando llego a la conclusión de que está esperando a que me dé cuenta de algo. Vuelvo a estudiarla con detenimiento, pero no veo nada que me llame la atención. Lleva unos pantalones vaqueros, un top negro y un cárdigan ancho de punto de color marfil.

Entonces levanta la mano y la agita delante de mis narices. El diamante brilla tanto que casi me deja ciega. Maddy me sonríe como si estuviese a punto de estallar de alegría.

Observo el anillo con los ojos entrecerrados, intentando averiguar el corte de la piedra preciosa. No soy una experta en quilates, cortes o diseñadores de primer nivel, pero incluso yo soy capaz de ver que ese anillo vale una fortuna.

–Guau, es gigante –pronuncio despacio.

–Lo sé, pero ¿sabes qué tipo de anillo es?

–¿Un Tiffany? –pruebo a decir con el gesto arrugado.

–¡Un anillo de compromiso, tonta! –grita Maddy–. ¡Que me caso!

Por puro instinto, paso los dedos por el borde del anillo mientras empiezo a asimilar las palabras de Maddy. «¿En serio acaba de decir la palabra que empieza por “c”?!».

–Dios mío –suelto, tirando de su mano para verlo mejor–. Maddy, ¿lo dices en serio? ¿O es una broma de las tuyas porque estás aburrida y sabes que dentro de un rato tengo cita con el médico para una revisión y me preocupa que me encuentren algo y luego me digan que me queda una semana de vida?

–Vale, ¿quién es ahora la melodramática? –se cachondea ella–. Myles me ha pedido matrimonio. Y eso no es lo mejor... ¡nos casamos dentro de un mes! ¡Aquí, en Cinnamon Springs!

Sacudo la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos, porque mi cerebro está recibiendo mucha información de golpe y tiene muchas, muchísimas preguntas.

–Dentro de... ¿un mes? –repito, incrédula.

–¡Sííí! Y antes de que lo preguntes: no, no estoy embarazada.

–Ni siquiera estaba pensando en eso –miento.

–Sé que sí –replica Maddy a la vez que tira de mi brazo y me guía hacia una de las mesas del exterior–. El abuelo de Myles no se encuentra muy bien... El hombre tiene noventa y seis años. Ya me parece todo un milagro que alguien llegue a esa edad, así que... ¿quién sabe cuánto tiempo le queda? Para su familia es muy importante que esté presente en un día tan especial, así que Myles me preguntó si estaba dispuesta a acelerar el proceso y, bueno, tampoco puede ser tan difícil organizar una boda, ¿no?

Resoplo, pero me tapo la boca enseguida.

–Una boda es una boda, Maddy. No se puede organizar de la noche a la mañana. Para empezar, ¿a cuántas personas pensáis invitar? ¿Habéis decidido ya en dónde queréis celebrarla? Solo tenéis un mes... Necesitas una *wedding planner*.

–Seremos unas cien personas, además de la familia de Myles –me aclara Maddy–. Mi padre ha movido algún que otro hilo para que podamos celebrarla en el Grand Honey Lodge. Es el lugar perfecto. Además, se encargarán ellos mismos del *catering*. Y en cuanto a lo de la *wedding planner*..., me he puesto en contacto con tres, pero todas me han dicho que lo ven muy apurado. Ni siquiera he conseguido convencerlas con una cantidad generosa de dinero...

–Oh.

–Pero la madre de Myles ha insistido en encargarse ella, ya que, al parecer, es miembro de un comité benéfico y está más que acostumbrada a planificar eventos. –A Maddy se le cambia la cara, como si quisiese convencerme de que le hace la mar de feliz que su suegra le eche una mano.

–Bueno, algo es algo, supongo. Y el vestido, ¿ya lo tienes? ¿Y tus damas de honor?

–Precisamente de eso quería hablarte. –Maddy esboza una sonrisa y me coge la mano–. Eres la persona a la que más aprecio en este mundo, así que necesito que me digas que aceptas ser mi dama de honor. También se lo he pedido a Ramona y Hailey, las primas de Myles. Él es hijo único, así que son como uña y carne.

–Para mí sería todo un honor.

Se me nubla la vista cuando alargo los brazos para abrazarla.

Nunca fuimos de esas amigas que se pasan el día hablando de bodas y de bebés. Nuestras vidas giraban en torno a la universidad y, luego, en torno a las responsabilidades del mundo real. Para gran disgusto de su padre, Maddy dejó la carrera de Literatura para poder dedicarse al mundo del teatro. Después de un escapada que hizo para ver *Hamilton*, Maddy se dio cuenta de que había nacido para estar en un escenario. Bueno, no en el escenario en sí, sino más bien detrás de él.

Siempre le han flipado los disfraces. Una vez me convenció para ir a un concurso de comer pasteles que se celebró en la feria del pueblo vestidas de Tweedledum y Tweedledee, los gemelos de *Alicia en el país de las maravillas*. Fue ella la que hizo los disfraces y la que estaba convencida de que nos darían el gran premio de doscientos dólares por el esfuerzo. Al final, quedamos segundas y yo me pasé las siguientes cuatro horas vomitando tarta de cereza.

El segundo premio era una caja de pasteles gratis de Shirley's Pie House, pero nunca fuimos a por ella.

Después de hacer prácticas durante lo que me pareció una eternidad, Maddy consiguió el trabajo de sus sueños en Manhattan aunque a su padre seguía sin hacerle ni puñetera gracia. Fue allí donde conoció a Myles, un cazatalentos con buen ojo para el teatro, que se dedica a invertir en producciones emergentes. Lo curioso es que ya habían coincidido antes en eventos familiares, pero nunca habían hablado.

—Sigo procesándolo, pero, si de verdad es lo que quieres, me alegro mucho por ti.

—Lo quiero mucho, Eva.

—Entonces, no hay nada más que hablar. —Aplaudo, emocionada—. ¡Nos vamos de boda! Dime qué necesitas y haré todo lo posible para conseguírtelo. Tampoco es que tenga nada más importante que hacer en este momento. —Se me escapa una risita nerviosa.

Maddy suspira.

—Me conoces mejor que nadie... —declara ella.

—Sí, algunos dicen que en otra vida fuimos siamesas —bromeo, pero luego añado—: Hay un «pero», ¿verdad?

—Es que..., bueno, vamos a estrenar un espectáculo y sé que voy a estar hasta arriba de trabajo durante el próximo mes. De hecho,

no nos va a quedar más remedio que posponer la luna de miel hasta después del estreno. Sé que no es el mejor momento para casarnos, pero, si hacemos algo pequeño e íntimo, no me agobiaré tanto, ¿no? Quiero estar al cien por cien para las dos cosas. De aquí a Manhattan solo son dos horas en coche. Menos, si piso el acelerador a fondo y finjo estar en *Fast & Furious*.

Alargo el brazo para tocarle la mano.

–Eres capaz de hacer cualquier cosa que te propongas. Pero, si necesitas ayuda, sabes que estoy aquí.

–Es que no quiero que la madre de Myles haga de las suyas...

–Pues no permitas que sea ella la que organice toda la boda. ¿Por qué no le pides que se encargue de las cosas más aburridas e insignificantes y me dejas a mí las que de verdad te preocupan? Me importa un bledo la vajilla de porcelana, pero no puedo decir lo mismo de tu despedida de soltera. ¡Tiene que ser inolvidable!

A Maddy se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas.

–¿En serio harías eso por mí?

–Pues claro. Ya sabes que hasta un oso en hibernación tiene una vida más emocionante que la mía...

Le tiembla el labio mientras se ríe.

–¿Estás segura de que no te importa? Tal vez el universo te recompense por esto y te haga conocer por fin al hombre más perfecto del mundo.

–Lo veo difícil. –Se me escapa una carcajada.

Maddy se mira el reloj que lleva en la muñeca y arruga el gesto.

–¡Ay, mierda! He quedado con el pastor en diez minutos. Era el único hueco que tenía libre. ¿Y si después voy a tu casa y nos ponemos al día? No me vendría nada mal una noche de chicas... Y podríamos aprovechar para seguir hablando de la boda.

–Sí, por supuesto, pero sabes que hoy es San Valentín, ¿no? ¿No tienes un prometido al que mirar?

–Hemos decidido esperar hasta el día de la boda –me confiesa con una sonrisa insegura.

Suelto una carcajada estridente.

–¿Os... os vais a pasar un mes entero sin echar un polvo? Me niego a aguantar a una novia que está que se sube por las paredes.

Maddy se echa a reír.

–Oye..., tampoco te pases. Además, lo que no te mata te hace más fuerte, ¿no?

Sacudo la cabeza con una sonrisa. Maddy es muchas cosas, pero paciente no es una de ellas.

Billie se une a la conversación y Maddy no tarda en contarle las buenas noticias. Vuelve a presumir de anillo y Billie se queda boquiabierto al ver el diamante. Como tiene prisa, Maddy le hace un resumen de sus próximos planes y Billie la escucha con atención.

Antes de marcharse, Maddy rodea el mostrador, coge un donut de azúcar como si estuviese en su casa y lo mete en una bolsa de papel para llevar. Billie frunce un poco el ceño, pero se ofrece a prepararle un café.

–Gracias, Billie –suspira Maddy, abatida–. Bien cargado, por favor. Tengo que estar preparada por si el pastor pone en duda mi castidad...

–¿La castidad de la que te deshiciste en aquel viaje por toda Europa el verano antes de acabar el insti? ¿Cómo se llamaba el afortunado?

Aquel verano fue sin duda el mejor de nuestra vida. Viajamos de mochileras y conocimos a otras personas de nuestra edad. Solo fuimos a una fiesta, pero nos pasamos muchas noches haciendo botellón e intentando no perder el equilibrio con los puñeteros tacones por las calles empedradas del país en el que estuviésemos en ese momento.

Maddy pone los ojos en blanco.

–Uf, ¿podemos no hablar de eso, por favor? Me entra mal cuerpo solo de pensarlo.

–Vale, vale... –Levanto las manos, pero soy incapaz de aguantarme la risa–. Prometo no arruinarte tu gran día. Nos vemos esta noche.

Maddy se inclina y me besa la mejilla antes de dirigirse hacia la puerta. Por el camino, se detiene junto a la pareja fogosa y finge una arcada. Ahora solo se besan, lo que ya me parece todo un milagro, aunque estoy bastante segura de que se están metiendo la lengua hasta la campanilla.

«No aguanto más. ¿Por qué no se dan el lote en otro lado?», me lamento.

–Ay, ¡se me olvidaba! –vuelve a hablar Maddy, girándose para mirarme–. Mi hermano podría echarte una mano con la organización de la boda. Todavía no he hablado con él, pero lo haré después de ver al pastor. Es imposible que Aston me diga que no; sabe que lo presionaré hasta que ceda. Así que no te preocupes, ¡no tendrás que hacerlo todo tú sola! Si es que la madre de Myles no nos vuelve locos a todos antes.... ¿Sabías que da mala suerte ver a una monja cuando estás de camino al altar?

«¿Qué narices...?», pienso.

Tengo la cabeza como un bombo por culpa de la supuesta ayuda que voy a recibir y de esa monja que puede aparecer al azar el día de la boda de mi mejor amiga. Pero, que yo sepa, en Cinnamon Springs no hay monjas. Dios, eso ahora mismo es lo de menos.

«¿Su hermano?», repito en mi mente.

–Ah, eh..., sí, ¿en serio...? –balbuceo.

–Lo sé. Te prometo que no exagero, la madre de Myles es de armas tomar. –Maddy se despidió con la mano y una sonrisa de oreja a oreja–. Bueno, adiós. ¡Te quiero!

Y en un abrir y cerrar de ojos, desaparece, dejándome paralizada en el sitio. En el momento en el que pronunció la palabra «hermano», se me puso el estómago del revés.

Lo que menos me apetece ahora mismo es compartir un mísero minuto con Aston Beaumont.

Han pasado ocho años desde la última vez que nos vimos. No, mentira. Lo vi de lejos una vez con su padre. Era verano y yo había venido un par de días al pueblo para visitar a mi familia. Nada más verlo, entré en pánico y salí corriendo en dirección contraria. Después de eso, me sentí estúpida. Tanto es así que me bebí varios chupitos de tequila con unos turistas a los que no había visto en mi vida y terminé cantando *It's Raining Men* en el bar un viernes por la noche lleno de gente. No estoy orgullosa de ello.

El móvil me vibra en el bolsillo, recordándome mi cita con el médico.

–Genial –digo por lo bajini–. ¿Qué clase de dueña de una cafetería pide cita con el médico para renovar la receta de su método anticonceptivo el Día de los Enamorados?

Billie me dedica una sonrisa que me ayuda a calmarme.

–Venga, vete. De todas formas, cerramos en una hora, así que tampoco es para tanto. Nos vemos mañana, ¿vale?

Asiento y le devuelvo una sonrisa forzada, pero, en el fondo, sigo alterada.

¿Cómo puede un hombre –un idiota, para ser más exactos– removerme tanto por dentro ocho años después? He pasado página y estoy bastante segura de que él también.

Nos dimos un beso de nada.

Hace mil años.

Éramos unos críos.

Fin de la historia.